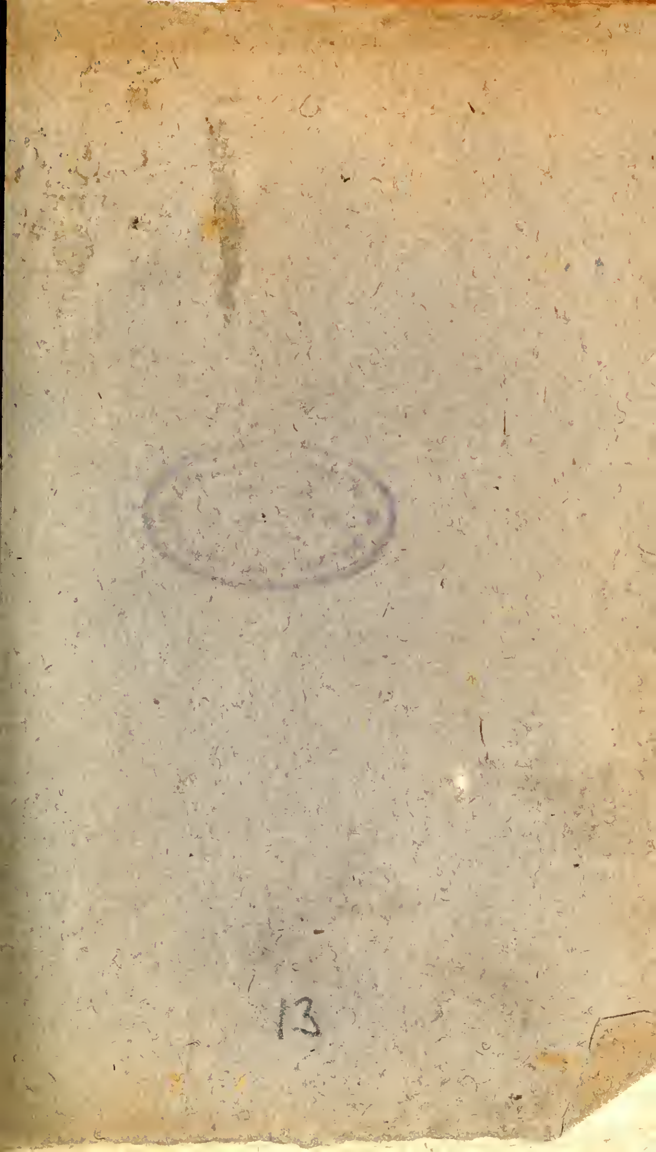
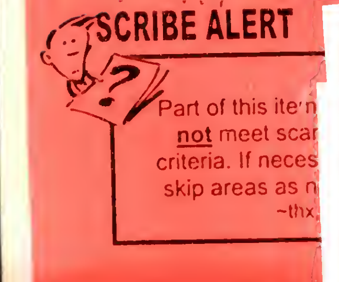

13


SCRIBE ALERT
Part of this ite'n
not meet scar
criteria. If neces
skip areas as n
~thx

EL OPRESOR

E SU FAMILIA,

COMEDIA EN QUATRO ACTOS.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

EPRESENTADA EN EL TEATRO
DE LOS CAÑOS DEL PERAL,
EL AÑO DE 1806.

P. D. J. E. C.

CON LICENCIA:

N LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA Y COMPAÑÍA,

AÑO DE 1808.

*e hallará en la librería de Quiroga,
calle de las Carretas.*

PERSONAS:

Don Pedro, esposo de.. Sr. Andrés Prieto.

Doña Isabel................. Sra. Antonia Prado.

Cárlos.... } *sus hijos.....* Sr. Casanova.

Eugenia. } Sra. Vargas.

Don Diego, hermano de Doña Isabel, oculto baxo este nombre....... Sr. Isidoro Mayquez.

D. Anacleto, esposo de. Sr. Pedro Cubas.

Doña Juana................. Sra. María Maqueda.

Anselmo, antiguo criado de Don Pedro........ Sr. Tomás Lopez.

La Escena es en Madrid en casa de Don Pedro.



ACTO PRIMERO.

teatro figura una sala, en la que rá un relox, un piano y una mesa, y varias sillas.

ESCENA PRIMERA.

Don Diego y Anselmo.

sel. Gracias á Dios que esta vez
hablar á solas podemos.
Dos dias ha que á esta casa
vino vmd. y ni un momento
siquiera he tenido libre.
ego. Yo tambien, honrado Anselmo,
deseaba hablar contigo,
pues sabes lo que te quiero.
nsel. Yo quiero á vmd. mucho mas,
pues le conocí pequeño
quando serví á su buen padre.
Ah, señor, quánto me acuerdo
de mi amo! Entre mis brazos
lanzó su postrer aliento.
Diego. Qué pérdida para mí
y para mi hermana! *Ansel.* Es cierto.
Ah! si viviese su padre,

tal vez en este momento
fuera ménos desgraciada.
Diego. No ignoro que en su himeneo
es infeliz, sin embargo
de que es su esposo un modelo
de honradez. *Ansel.* No hay comerc
de mas probidad. *Diego.* En eso
convienen quantas personas
le conocen. *Ansel.* En efecto;
es un hombre muy amable
para los extraños; pero
un verdadero demonio
para su casa. *Diego.* Por cierto
que es muy raro su carácter.
Ansel. Ninguno puede su genio
definir: ya nos maltrata
con el tono mas severo,
ya con chanzas é ironías
nos causa mayor tormento.
Quanto se hace en otras casas,
tanto le parece bueno,
y lo que se hace en la suya
malísimo. Aquello mesmo
que ayer mandó que se hiciese
hoy, en mirándolo hecho,
es causa de una quimera.
Si nos vé tristes, por eso
se enfada; si hay alegría,
se enoja: jamás podemos
darle gusto. Si mostramos
en obedecerle esmero,
dice que es zelo importuno;
si su sinrazon queremos

ufrir con alguna paz,
uego nos llama por esto
ipócritas. Finalmente,
i un solo dia me acuerdo
ue á su esposa y su familia
o haya reñido. *Diego.* Ya vengo
nformado de eso mismo.
Y extraño como su genio
no ha cedido á la ternura
y al carácter alhagüeño
de mi hermana. *Ansel.* Esa es un ángel,
que en el dilatado tiempo
de veinte años que está
casada con él, no ha hecho
mas que sufrir y llorar,
sin proferir un acento
de queja. Todo al contrario,
si sus hijos en secreto
murmuran contra su padre,
calma su resentimiento
pintándoles las virtudes
que le adornan, y con esto
ellos se vén precisados
sino á amarle, por lo ménos
á respetarle. *Diego.* No es fácil
tener amor á un sugeto
que riñe continuamente.
Yo sé muy bien que el Don Pedro
es un hombre á quien alaban
todos; pero al mismo tiempo
huyen de él y le detestan.
Ansel. Es verdad, y sino aquellos
que vienen por sus negocios

particulares, no vemos
que nadie á su puerta llame
mas que un tal Don Anacleto,
ó su esposa. *Diego.* Son vecinos
de la casa? *Ansel.* Con efecto;
tomáron habrá dos meses
el quarto segundo. *Diego.* Creo
que mi cuñado á esa dama
estima mucho. *Ansel.* Es muy cierto;
y os afirmo que no tiene
motivo, porque su genio
es terrible: yo no he visto
muger que con mas extremo
sea dada á la moda, al luxo,
y á la diversion.... y luego
manda y gobierna al marido
como un despota. *Diego.* Por eso
le agradará á mi cuñado.
Ansel. Pero en fin, con quál intento
ha venido vmd. á casa,
con el nombre de Don Diego?
Diego. El cariño de mi hermana
me ha traido, y mi proyecto
es encontrar un camino
para que el mismo Don Pedro
reconozca su injusticia,
y modere su violento
proceder. *Ansel* Bueno es el paso;
pero yo para mí tengo
que será inútil. Mi amo
obra mal sin conocerlo,
y juzga que de este modo
debe usar de sus derechos.

Diego. Mas no podrá la razon
corregirle? *Ansel.* No por cierto,
siempre será incorregible.
Desde sus años primeros
ya era altivo, y á medida
que en años iba creciendo,
se iba tambien aumentando
ese endemoniado genio.
Ya es imposible, señor:
no espere vmd.... *Diego.* Yo no pierdo
la esperanza de lograrlo.
Por esto dexe el sosiego
que en mi casa disfrutaba,
y vine á España fingiendo
ser un amigo que yo
recomendaba á Don Pedro.
Este me recibió al punto
en la suya, y así tengo
proporcion de presenciar
su sinrazon, y el tormento
de mi hermana. Esta y tú, sois
los que sabeis el secreto,
pues que todos los demas
me conocen por Don Diego.
Ansel. Pero diga vmd.... *Diego.* Parece
que gente suena. No quiero
que vean la intimidad
con que te trato, pues luego
hablarán, sospecharán, y....
Ansel. Está bien.
Diego. Á Dios Anselmo. *vase.*
Ansel. Pronto que vienen... Dios quiera
que consiga sus deseos.

ESCENA II.

Anselmo y Eugenia.

Eugen. Anselmo, dónde está Cárlos?
Ansel. Ahora estará..... En su aposento,
á dónde ha de estar?.... Ah, no,
precisamente me acuerdo
que salió muy de mañana.
Eugen. Habrá un hombre mas grosero?
Ansel. Grosero?
Eugen. Sí: me ha citado
para decirme un secreto
de la mayor importancia,
y hace una hora que le espero.
Dios sabe quando vendrá.
Ansel. Segun sea su paseo,
porque él los suele dar largos.
Eugen. No me viera en tal desprecio
sino fuese yo tan dócil.
Ansel. Niña, un hermano es sugeto
que no ofende ni desayra.
Eugen. Si tal, pues mi edad, mi sexô,
y mi cariño, merecen
consideracion y aprecio;
pero sabré castigarle.
Ansel. Amándole mas. *Eugen.* Y luego
sino vuelve aquí al instante,
vendrá mi padre y, tendremos
que separarnos los dos
sin que yo sepa el secreto.
Ansel. Qué curiosa!.... Ya se acerca
aquí el delinqüente.

ESCENA III.

Dichos y Cárlos.

Eugen. Es cierto
que eres un hombre insufrible,
hace una hora que te espero;
y por qué? Porque has tenido
el gusto de irte á paseo.
Carl. Mira, Eugenia, nunca riñas,
no te parezcas en eso
á padre, que se hace odioso,
y á mí infeliz con su genio.
Ansel. Niños, prudencia. Es posible
que os olvideis del respeto
que se debe á vuestro padre?
Vuestra madre os da el exemplo,
miradla como padece,
sin que ni el menor acento
de queja.....
Eugen. Madre es tan buena....
Carl. Di que es un ángel del cielo.
Ansel Pero tambien vuestro padre,
á pesar de sus defectos,
tiene loables virtudes.
Obra bien, y en el silencio
oculta sus buenas obras.
Carl. Así es verdad, mas yo creo
que no es regular me trate
como á un niño; jamás puedo
responderle, que no diga,
que ya le falto al respeto.
En vano como un esclavo

obedezco sus preceptos,
pues no logro complacerle.
Quanto digo, y quanto pienso,
merece siempre su enojo.
Si acaso algun libro leo,
dice que soy un pedante.
Si algun rato me entretengo
en cantar, dice que aspíro
á ser cómico. Yo entiendo
que los extraños me estimam
mucho mas. *Eugen.* Si: mas aprecio
les merecemos que á padre.
Ansel. Quánto me pesa que en esto *ap.*
digan verdad! *Carl.* Te aseguro
que yo nunca me divierto,
á no ser fuera de casa,
Eugen. Qué dichosos sois en eso
los hombres! Podeis salir
quando quereis á paseo;
pero una pobre muger
siempre se queda sufriendo
el martirio de la casa.
Carl. Oh, no me libro por eso
de padre, que algunas veces
tú le has enojado, y luego
me ha reñido á mí. *Eugen.* Por mí!
Quándo? *Carl.* Ayer, sin ir mas lejos
tuviste la culpa tú,
y yo pagué. *Eugen.* Para eso
otras veces he llorado
yo por tí.... Ingrato! *Carl.* No quiero
decirte que sienta yo
pagar por tí. *Eugen.* Sino es eso,

para que.... *Carl.* Vamos Eugenia,
ya sabes que yo te quiero:
abrazame. *Ansel.* Amados niños,
mirad que se pasa el tiempo,
y parece que teneis
que hablar de cierto secreto.
Carl. Sí: un secreto que despues
te fiaré. *Ansel.* Por supuesto.
Soy el primer confidente
de casa: toma, y en esto
no me haceis ningun favor,
pues soy el que mas os quiero.
Eugen. Mira, si viene mi padre,
haz la señal. *Ansel.* Ya lo entiendo;
toseré mucho, y apriesa.
Carl. Y mudarémos el puesto
quando tosas. *vas. Ansel.*

ESCENA IV.

Cárlos y Eugenia.

Eugen. Con que vamos,
qué quieres con tal secreto
noticiarme. *Carl.* Que ya soy
Alférez de un regimiento
de caballería. *Eugen.* Cómo!
qué dices? Y te has resuelto
á hacer esa pretension
sin consultarme primero?
Carl. Don Luis Prieto el Coronél,
por sí, me logró este empleo.
Ya sabes quanto te adora.
Eugen. Á mí adorarme?

Carl. Á lo ménos
el me lo dice en su carta.
Eugen. Y que pretende su afecto
probarme el señor Don Luis
con llevarte al regimiento,
y haciéndote militar
para que te maten luego.
Carl. No Eugenia, no, en pocos meses
volver á tu lado espero.
Eugen. Pues qué puede alguno acaso
volver de la guerra? *Carl.* Cierto.
Oye pues lo que me escribe,
y verás quanto le debo.

Lee. "Querido Cárlos. El Ministro de Guerra »ha condescendido con mis instancias, y »me ha escrito que ya eres Subteniente de »caballería. Preséntate á recoger la patente »con esta carta mia, y no te olvides de dar »mis finas expresiones á tu tierna madre y »amable hermana. Ambas saben quales son »mis deseos, y confio que á pesar de los »obstáculos que se oponen, pronto tendré »el gusto de verme unido á tu familia, con »otros vínculos mas estrechos que los de la »amistad: á Dios, &c."

Eugen. Y no dice mas? *resentida.*
Carl. Qué mas
habia de decir? *Eugen.* Por cierto,
que apénas me nombra. *Carl.* Nunca
son dilatados en esto
de escribir los militares.
Eugen. Su amor se parece en eso
á su estilo. *Carl.* Qué delicias

me aguardan! Sin duda el cielo
me destinó á la carrera
de las armas. Ahora mesmo
vengo de mandar que me hagan
el uniforme. Mi cuerpo
está en Cádiz, y es forzoso
que yo vaya... *Eugen.* Pues tan presto.
Carl. Pronto: mas no partiré
sin que me veas primero
con mis galas militares
y mi sable. *Eugen.* Por supuesto
que vendrás con uniforme
á ver á padre. *Carl.* No pienso
en semejante locura:
ver á padre! Aunque me precio
de valor no me aventuro
á tanta empresa. Le temo,
y mucho mas quando sé
que con el mayor empeño
queria que yo siguiese
la Jurisprudencia. *Eugen.* Al ménos
á despedirte. *Carl.* Yo haré
mi retirada en secreto,
sin clarines ni timbales.
Eugen. Ah! quál será el sentimiento
de madre. *Carl.* De madre sí
que despedirme prometo:
es justo que corresponda
á su bondad y al afecto
que nos tiene. *Carl.* Pero Cárlos,
te marchas al regimiento
solo por huir de casa?
Eugen. Alguna vocacion tengo

á las armas, mas con todo,
jamás me hubiera resuelto
á seguirlas, si mi padre
violentando mis deseos
no se obstinase iracundo
en hacerme un Leguleyo.
No nací yo para sabio
ni para andar entre pleytos.
La vida del militar
es ventajosa en extremo,
siempre llena de alegría:
si está guarneciendo un pueblo:
vá de dia al exercicio,
de noche vá al coliseo;
canta, bebe, lidia y marcha,
siempre con igual contento.
El se inflama con la gloria,
él agrada al bello sexô,
él es tímido, y afable
quando vé á su dama, y luego
es un terrible leon
quando oye el clarin guerrero;
y en fin, si muere en campaña,
no hay que pagarle el entierro.

Tose dentro Anselmo.

Eugen. Que tosen. *Carl.* Si será padre?
Huya el que pueda. *Eugen.* Estupendo,
excelente militar.
Y no vuelves? *Carl.* Ni por pienso.
No hermana: líbreme Dios,
Discúlpame tú. *Eugen.* Y si luego
pregunta? *Carl.* Dile que fui...
qué sé yo á dónde. *Eugen.* A paseo.

rl. No, no.... á la Biblioteca.
ugen. Pero á qué? *Carl.* Con el objeto
de consultar un Autor....
Platón, Séneca, Epitécto;
el primero que te ocurra
de esos rancios caballeros. *vas.*
ugen. Vaya, es preciso mentir.
El sabe muy bien que miento,
que es un gusto, como sea
por disculparle, y que tengo
necesidad de valerme
de estos leves fingimientos
treinta veces cada dia.
Mas nadie viene.... Yo creo
que padre pasó á su quarto
sin entrar aquí. Me alegro,
así podré repasar
mi gabota. Lo que siento
es que se marcha mi hermano
que me prometió en secreto
enseñarmela. Por fin,
ya que no aprenda algo nuevo,
repasaré lo que sé.

ESCENA V.

ugenia empieza á repasar la gabota. Anselmo tose, y ella no le oye entretenida n su bayle. D. Pedro entra, y ella al verle corre á la mesa y coge un libro.

ed. Qué hacias? *Eugen.* Estoy leyendo.
ed. Ola! Se lee cantando?
ugen. Llegaba en este momento,

y.... por qué no me avisaste? *á Anselm*
Ansel. Cómo no? y tosí mas recio
que nunca. *Ped.* Vmd. señorita,
tiene, segun lo que veo,
demasiada inclinacion
al bayle. *Eugen* Señor... *Ped.* Yo cr
que aspira vmd. á salir
al teatro... Las doce diéron,
mirando el relox.
y apostaré que no están
ni escribientes ni caxeros
en el despacho.... Qué gentes!
ni uno entre tantos encuentro
que cumpla su obligacion.
Así vá todo... Empecemos *abre un*
á ver cartas... Este hombre
no se pasan dos correos
sin que me pida... Parece
que ha establecido un impuesto
sobre mis fondos.... Con todo,
si el pobre está pereciendo
es preciso socorrerle. *abre otra*
Ansel. Qué lástima que su genio *ap.*
desluzca el buen corazon
que tiene. *Ped.* Qué haces?
Ansel. Espero
á ver si vmd. manda algo.
Ped. Es bien extraño por cierto
estar mano sobre mano
por aguardar. *Ansel.* Si no tengo
nada que hacer. *Ped.* Cómo no?
Luego yo en casa mantengo
gente inútil.

nsel. Ya me voy
á trabajar. *vase.*
ed. No sabremos
que lee vmd. señorita?
Será algun libraco nuevo,
de novelas. Y tu madre....
permíteme tal desacierto
y dexa que entre tus manos
anden esos libros llenos
de desatinos? *Eugen.* Señor,
no es novela. Son los hechos
del gran Gonzalo de Córdoba.
Qué General tan experto!
ed. Y qué cabeza la tuya
para juzgarle! Será eso
que vas á aprender el arte
de la guerra, con intento
de hacerla luego á nosotros?
Ese libro con efecto
te conviene. *Eugen.* Y él mandó *ap.*
que le leyese. *Ped.* Por cierto
que te sería mas útil
leer algun tratado bueno
de educacion.

ESCENA VI.

Dichos y Doña Isabel.

ab. Buenos dias
amado esposo. *Ped.* Muy buenos.
Ello es que estás empeñada *á Eugenia.*
en no seguir mis consejos.
ab. Has pasado bien la noche?
ed. Si señora.... Te prevengo *á Eugenia.*

que elijas mejores libros.

Eugen. Lo vé vmd. mamá. *en voz bàx*

Isab. Silencio.

Ped. Ya no piensas en el piano.

Ella corre al piano.

Es inútil que el maestro
continúe sus lecciones.

Isab. Ya vá á estudiar. *Ped.* Si por cierto
pero es para aturdirnos
con ese Rondó. Yo creo
que es el único que sabe,
pues siempre repite el mesmo.

Isab. No toques. *Ped* Cómo es que Cárlo
no viene? *Eugen.* Es que....

Ped. Está indispuesto?
pronto, vamos á su quarto.
El medico. *Eugen.* No. está bueno,
sino que salió de casa
muy de mañana. *Ped.* Á paseo?

Eugen. Fue, fue.... á la Biblioteca.

Ped. Á buscar á alguno? *Eugen.* Pienso
que á Séneca. *Ped.* Que locura
leer las obras de un maestro
que educó tan mal á un Rey,
y que no habló con desprecio
del oro, sino hasta tanto
que se vió en el opulento
estado de su fortuna.

Eugen. Si señor, sí: con efecto,
Séneca es muy mal autor.

Ped. Vaya, retírate: tengo
que hablar a tu madre. *Eugen.* Bien.
Mamá, yo tengo un secreto

que decir á vmd. *ap. las dos.*

ab. Despues.

Retírate. *Eugen.* Voy corriendo

á baylar este ratito. *vas.*

ESCENA VII.

Doña Isabel y Don Pedro.

ed. Salio de casa Don Diego?

ab. Presumo que sí. *Ped.* No sabes

quanto estimo á ese sugeto.

No es verdad que su carácter

se parece al mio? *Isab.* Creo

que te engañas, pues él.... *Ped.* Nunca

hablas bien de nadie. Vuelvo

á decirte que es un hombre

muy amable, y me intereso

en que se le obsequie en casa.

Mas tu quizas por lo mesmo

estás tan indiferente

con él. *Isab.* Yo? pues dime, qué puedo

hacer mas? *Ped.* Mas hacer puedes.

Él merece por sí mesmo.

que se le estime. Ademas,

que es amigo verdadero

de tu hermano, y á nosotros

le recomendó. Por esto

me empeño yo en obsequiarle.

No olvidaré lo que debo

á tu hermano. Una desgracia

de aquellas que en el comercio

son freqüentes, me arruinó,

y tu hermano en el momento

me franqueó todos sus bienes.

Si señora, yo deseo
complacerle. *Isab.* Si supiera
que es mi hermano el que Don Diego
se nombra. *aparte.*
Ped. Si, si señora,
vmd. ha olvidado ya esto.
Isab. Yo olvidar ese favor?
Mi hermano está satisfecho
de mi gratitud: entónces
le escribí. Felix, tú has hecho
por tu hermana, lo que ella
hiciera por tí. *Ped.* Muy bueno:
y presumes que has mostrado
todo el agradecimiento
que debes? Pero conozco
que amas con el mismo extremo
á tu hermano que á tu esposo.
Yo por mi parte me creo
obligado á mas; y así,
ya que á Don Felix no puedo
mostrárselo qual quisiera,
en lo que haga por Don Diego
su amigo, conocerá
quan grandes son mis deseos.
Yo observo que él mira á Eugenia
con atencion, y con cierto
modo, que me hace pensar
que la adora. *Isab.* Y qué?
Ped. Si es esto,
y pide su mano, al punto
se la daré. *Isab.* Que sabemos
si Eugenia le ama. *Ped.* Pretendes
que yo consulte primero

su parecer? Necesito
para acertar, los consejos
de mi hija? *Isab.* En este caso,
me parece que.... *Ped* Silencio.
Yo lo quiero y esto basta.
ab. Bien está: yo me someto.

ESCENA VIII.

ichos, Eugenia que entra corriendo, y luego D. Anacleto y Doña Juana.

ugen Mamá, vengo.... ay Dios que aquí
está mi padre.... *se detiene.*
ed. Qué es eso?
otro pasito de bayle?
ugen. Ahí viene Don Anacleto
con su esposa.
Salen.
uana. Buenos dias
vecinos *Isab.* Tomad asiento.
uana. Pasemos al gabinete
las dos solas, porque quiero
pedir á vmd. parecer
sobre un asunto de peso.
Anacl. Se trata de ... *Juana.* Calla tú.
Ya sabes que no intervengo
en que vistas á tu gusto:
y así tengo yo derecho
para seguir mi capricho
en este punto. *Anacl* Callemos, *ap.*
no se enfade, y sea peor.
Juana. Vete á buscar al momento
esos pendientes que dice
el diario. Si son buenos,

compralos. *Anacl.* Pero muger,
si son acaso de aquellos
que valen mucho en la tienda
y nada en casa... *Juana.* Su precio
es fuerza dar á la moda.
Tú te figuras por cierto
que todos nuestros adornos
son bagatelas y juegos.
Anacl. Bagatelillas! Caramba!
Cómo casi llamarlas puedo
quando sé lo que me cuestan?
Juana. Vaya, demuestra tu genio
delante de estos señores.
Anacl. Yo qué digo? *Juana.* Sé que debe
vestir como todas visten.
Ped. Dice muy bien en efecto
esta señora. Usted quiere
que le tengan en el pueblo
por roñoso? No señor:
una muger de talento
se adorna, para mostrar
con esto que tiene aprecio
á su esposo, y que desea
agradarle, al mismo tiempo
que manifiesta en la Corte
su opulencia.... Nunca puedo
lograr que haga mi muger
otro tanto.... Mas ya veo,
como no quiere agradarme,
siempre está que me averguenzo
de que la vean las gentes.
Y qué resulta? Que luego
dirán que soy un avaro,

y un hombre que no consiento
á mi esposa, que se vista
segun moda. *Isab.* No es mi genio
inclinado sino solo....
Ped. Sino solo á ser opuesto
al mio.... Pues yo te mando
que no escasees dinero
en tu adorno.... Compra joyas
cuesten lo que cuesten. *Juana.* Esto,
esto se llama querer
á su muger. *Isab.* Te prometo
que mañana... *Ped.* Y por qué nó
ha de ser hoy.... ahora mesmo.
Isab. Muy bien: hoy me adornaré
todo lo posible. *Ped.* Creo,
que es lícito usar del arte
en estas cosas. El tiempo
aja el rostro poco á poco,
y es necesario por esto
que recompense el adorno
sus injurias. *Juana.* Así es cierto;
vecinita, obedeced:
un marido siempre es dueño.
Jesus, yo obedezco al mio
en este ramo... Anacleto,
esta noche dicen que hay
Opera nueva, y no quiero
perderla. Tómame un palco.
Anacl. Pero no sabes que tengo
que ir hoy... *Juana.* Á ninguna parte:
lo que yo digo es primero. *Anacl.* Bien está.
Eugen. Me alegraría *ap. á Doña Juana.*
ir con vmd. *Juana.* Desde luego

te llevára : mas tu padre....

Eugen. Convídeme vmd. que un medio
sé yo, para que me dexe
ir. *Juana.* Vecina mia, puedo
llevar á Eugenia al teatro?

Isab. Si quiere su padre.... *Ped.* Eso
es un disparate. Eugenia
no vá al teatro. *Eugen.* Ni quiero
ir tampoco. Son tan largas
las óperas que me duermo
de fastidio. *Ped.* Ola, y te gusta
la música! *Eugen.* Pero encuentro
un no sé que.... *Ped.* No censures
el teatro. *Eugen.* No pretendo
censurarle, mas no iré
por mi gusto. *Ped.* Por lo mesmo
irás, y te gustará,
porque lo mando. *Eugen.* Si es eso
obedeceeé.... Cayó *apart.*
en la trampa.

Juana. Yo me alegro. *á ella lo mismo.*
Doña Isabelita, vamos
á vuestro quarto, que el tiempo
es precioso. *Isab.* Vamos. *Ped.* Tú
retírate á tu aposento
á dibujar miéntras tanto.

Eugen. Muy bien señor, ya obedezco.
Por fin conseguí mi gusto. *ap. y vanse.*

ESCENA IX.

Don Pedro y Don Anacleto.

Ped. Usted puede estar contento
con su esposa.

Anacl. Yo lo estoy,
si señor, si, tiene un genio
angelical quando nadie
la replica; pero en viendo
que la contradicen, es
como un leon. *Ped.* Buen remedio;
no replicarla. *Anacl.* Quién, yo?
Pues si yo soy un cordero:
pero vecino, me admira
esa leccion, quando veo
que vmd. siempre regañando
está con su esposa. *Ped.* Tengo
razon infinita. Es fuerza
hacerse temer de aquellos
que están baxo nuestro mando.
Anacl. Pues yo al contrario: sostengo
que es mejor hacerse amar,
y mucho mas quando ellos
no merecen reprehension.
Vuestro hijo, por exemplo,
no es un jó en.... *Ped.* Quién mi Cárlos?
Habla con bastante acierto
de todo. Tiene instruccion,
y sin duda con el tiempo
será hombre distinguido;
pues no digo nada ménos
de Eugenia. Feliz aquel
que sea su esposo. *Anacl.* Es muy cierto.
Mas tambien Doña Isabel
tiene á ese elogio derecho.
Ped. Isabel es la primera:
la miro como un modelo
de mugeres: siempre está

con los deberes cumpliendo
de esposa y madre. *Anacl.* Con que
con los tres estais contento
y despues los reñireis
como si cada uno de ellos
fuera insufrible. *Ped.* Ya he dicho
que este es el seguro medio
de mantener el buen órden
en una casa. *Anacl.* No entiendo
vuestras máxîmas amigo;
pero pues se pasa el tiempo,
voy á buscar los pendientes
para mi esposa. Hasta luego. *vase.*

ESCENA X.

Don Pedro, y luego Doña Isabel.

Ped. Ya sé que todos critícan
mi severidad: qué necios!
Sino me hiciese temer,
no pudiera en ningun tiempo
lograr que me obedeciesen.

Sale Doña Isabel.

Isab. Esposo. *Ped.* Qué traes? *con seriedad.*
Isab. Vengo
á darte una infausta nueva.
Me ha contado tu caxero
que hoy ha quebrado la casa
de Lemur. *Ped.* Y será cierto?
Isab. Ya es público, y se censura
su mala fé. *Ped.* Nada de eso,
Lemur es hombre de bien:
no es posible que haya hecho
una ocultacion. Tal vez

aun puede tener remedio
su desgracia. Voy á verle,
y á ofrecerle quanto tengo
para salir de su apuro.

Isab. Qué accion! y con un sugeto
á quien apénas conoces.
Me sorprehende con efecto
esa generosidad.

Ped. Te sorprehende dices? Luego
no me creias capaz
de hacer nunca nada bueno.

Isab. Quién te dice. *Ped.* Isabel, calla:
es cierto que te merezco
buena opinion. Te sorprehende
el que teniendo dinero
socorra á quien le ha perdido?
Esta es la fama que tengo
entre mi propia familia.
Qué infeliz soy.... *vase.*

Isab. Con tu genio
te haces infeliz á tí,
y tambien al mismo tiempo
á tu esposa y tu famllia.

ESCENA XI.

Dicha y Eugenia.

Eugen. Mamá, venga vmd. corriendo.

Isab. Á dónde? *Eugen.* Al quarto de Cárlos;
pronto que está disponiendo
su viage. *Isab.* Su viage? *Eugen.* Dice
que se marcha un dia de estos
á Cádiz. *Isab.* Con qué motivo?

Eugen. Á buscar el regimiento

de que es Subteniente. *Isab.* Cómo!
Cárlos militar! *Eugen* El genio
de mi padre le ha obligado
á buscar.... *Isab.* Calla: yo vuelo
á ver si puedo impedir
el resultado funesto
de su imprudencia. Entre tanto
que yo paso á su aposento,
vé á mi quarto, y acompaña
á Doña Juana. *Eugen.* Yo espero
que vmd. no le dexará
ser militar.... *Isab.* Que consuelo
me queda si me abandonan
mis hijos quando no encuentro
en su padre sino injurias,
sinrazones y desprecios.

ACTO II.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

Don Diego y Anselmo.

Diego. No ha vuelto á casa tu amo?
Ansel. No señor: si él estuviera,
no habria la paz que hay.
Aun ántes de abrir la puerta
conozco yo si está en casa,
pues sus eternas pendencias
la alborotan de tal modo,

qne al poner en la escalera
el pie, ya digo, el leon
anda suelto. *Diego.* Quando muestra
mucho mejor su carácter,
es.... *Ansel.* Siempre.
Diego. Pero en la mesa
es mucho mas. *Ansel.* Y si hay
convidados, desempeña
perfectamente el papel
de amo de casa. *Diego.* Riyera
yo mil veces de sus gritos.
á no conocer la pena
que dan á mi hermana. *Ansel.* Es mártir,
y sufre con tal paciencia
el carácter de su esposo
que admira.... Pero aquí llega,
y yo me retiro al punto
á la antesala; no venga
el amo, y encuentre causa
para empezar á la puerta
el sermon acostumbrado.

ESCENA II.

Don Diego é Isabel con otro vestido.

Diego. Isabel, qué petimetra
estás. *Isab.* Si Felix me adorno:
el dia en que me atormentan
mas pesares. Pero es órden
de mi esposo, y así es fuerza
obedecerle; aunque temo
que halle en mi propia obediencia
motivos para otro enojo.
Diego. Querida Isabel, espera

que algun dia advertirá
su sinrazon. *Isab.* No lo creas.
mi suerte está decidida:
callar y sufrir mil penas
es mi destino. *Diego.* Tal vez
tu silencio y tu paciencia
le dan armas contra tí.
Mira: para las ideas
que yo tengo, dirigidas
á que terminen tus penas,
conviene que tu marido
se enoje lo que mas pueda
enojarse. *Isab.* Extraño medio
para lo que tu deseas.
Diego. Este es el mas oportuno.
Querrás hacer una prueba
que yo te diga? *Isab.* Y quál es?
Diego. Oponerte á sus rarezas;
rechazar sus sinrazones,
sin faltar á la modestia
que debe una esposa; pero
con un poco de firmeza.
Conozca así la injusticia
con que te trata; y que sea
éste el medio de enmendarle.
Isab. En vano te lisonjeas
de que corrija su genio.
Diego. Quando éste medio se pierda,
siempre nos queda el recurso
que medito. *Isab.* Yo quisiera
me informases de qual es.
Diego. Lo sabrás, luego que sea
ocasion: mas te repito,

e es conducente á mi idea
que Don Pedro se irrite.
Mira, quanto la tormenta
a mayor, es mas segura
serenidad: apela
los últimos recursos
ara enfurecerle. Inventa....
b. Sin recurrir á invenciones
ay motivo. Cárlos piensa
uir de casa esta noche;
irse á Cádiz. *Diego.* Y esa nueva,
ignora tu esposo? *Isab.* Sí.
go. Pues bien: sirvámonos de ella
ara lograr la victoria.
b. Un coche paró á la puerta.
go. Él será sin duda alguna:
ecíbele aquí, y comienza
á practicar mis consejos.
b. Ya sube por la escalera.
go. Pues yo me retiro: á Dios. *vase.*
b. No comprehendo sus ideas;
pero quiero obedecerle
y hacer frente en quanto pueda
al carácter de mi esposo:
Dios sabe con que violencia
lo executo.

ESCENA III.

Doña Isabel y Don Pedro.

ed. Par de mulas
mas pesado que el que lleva
mi coche, ni otro cochero
mas bárbaro, no se encuentra

en Madrid. Desde Palacio
habrá tardado hora y media.
Isab. Dexaste ya consolado
á Lemur? *Ped.* En esa mesma
pregunta, muestras que dudas.
Si señora, mis ofertas
nunca dexan de cumplirse.
Isab. No dudaba yo que fueras
á verle; mas preguntaba
porque sabes me interesa
todo infeliz. *Ped.* Yo no tengo
necesidad de dar cuenta
de mis acciones.... Qué es eso,
estamos de enhorabuena?
viéndola tan adornada.
Isab. No mandaste me adornase?
Ped. Pero no que te pusieras
unas joyas y brillantes
que tan solo una Duquesa
pudiera llevar. No ves
que todos tendrán por fuerza
que criticarme. Y si luego,
por desgracia, sucediera
que mi casa se arruinase,
dirian éstos que observan
la conducta de los otros,
qué queria sucediera
con el luxo que gastaba
su muger? Pague la pena,
puesto que tuvo la culpa.
Isab. Yo responderles pudiera
que jamás en mis adornos
he gastado. *Ped.* Y esas piedras

preciosas? *Isab.* Nada han costado,
ni á tí ni á mí: todas ellas
fuéron de mi madre; el dia
de boda las tuve puestas,
y desde entonces acá
han estado en mis navetas.
Ped. Eso es ya muy diferente.
Isab. Por fin, una vez siquiera *apart.*
le hice callar. *Ped.* Sin embargo,
mi reflexion no es agena
de un hombre sensato. Escucha,
ya nadie esas joyas lleva,
y quando tú te las pones
haces que quantos las vean
te censuren. *Isab.* Con que en fin,
vmd. dice.... *Ped.* Ya comienzas
á mostrar ese carácter
de contradicion? Pudieras
conocer que me chanzeaba.
No entiendes....
Isab. Ni hay quien te entienda:
veo que solo te agrado
quando callo. *Ped.* Mas valiera
que hablaras, pues el silencio
de desprecio, es una ofensa
declarada. *Isab.* Será así:
mas no extrañes que no sepa
el modo de responder
callando, ni sin que ofenda
el mismo silencio mio
no responderte. *Ped.* Demuestras
mucha discrecion. *Isab.* Si Pedro:
tú me haces que sea discreta

porque me haces infeliz.
Ped. Nunca pensé que tuvieras
valor para replicarme.
Isab. Replicarte yo? *Ped.* Si: esa
apariencia de dulzura
es artificio que encierra
un reconcentrado enojo;
y en defecto de las fuerzas
te vales de las intrigas.
Lloras: su auxîlio te prestan
hijos, criados, criadas,
y nadie hay que me obedezca.
Isab. Al contrario, todos ellos
corren á la menor seña
á obedecerte en un todo.
Ped. Mas qué especie de obediencia
es la suya? Quando llegó
á casa, de mi presencia
todos huyen.... y aun mis hijos,
con cierta sensibilidad.
sí.... mis hijos.... Díme, es esta
digna acogida de un padre
de familias? *Isab.* Cosa es cierta,
que huyen todos de tu vista,
porque quando á casa llegas
viene contigo el terror.
Tú obligas á que te teman
aquellos que habian nacido
para amarte. Tu presencia
evitan, porque conocen
que aun la falta mas ligera
en tí produce el furor
mas terrible. La sincera

legría de la edad,
os juegos de la inocencia
odo, todo te disgusta
y lo miras como ofensa.
Tus hijos huyen de tí
y te tratan con reserva,
porque están viendo que no hallan
en tí jamás la indulgencia;
y qué sucede? Temblando
ellos guardan con cautela
de tí sus inclinaciones.
y tú los llevas, los fuerzas
á mentir para evitar
tus reprehensiones severas.
Hé aquí de tu enojo el fruto.
ed. Quién te dá valor? *Isab.* La mesma
necesidad de hablar claro
Don Luis pretende que Eugenia
sea su esposa. *Ped* Un militar! *con furor.*
ab. Disponte á oír otra nueva
aun mas terrible. Tu hijo
hoy mismo esta casa dexa,
y se vá á su regimiento.
ed. Ah cruel, y así se aleja
de un padre que le ama tanto!
Primero ha de hacer la prueba
conmigo de su valor,
y ya que busca la guerra,
vamos á ver si se atreve...
Anselmo, Anselmo.... *Isab.* Modera
tu enojo *Ped.* Anselmo.... qué grado
tiene en su nueva carrera?
Isab. Don Luis le pudo alcanzar

del Rey una Subtenencia.
Ped. Gran favor por vida mia!
Mas no morirá en la guerra
miéntras que yo viva.... Anselmo.
Isab. Con cariño y con prudencia
procura tú.... *Ped.* Con cariño?
Preso con una cadena
le pondré en su quarto. *Isab.* Ay Dios!
Ped. Qué este viejo no parezca!
Anselmo.

ESCENA IV.

Dichos y Anselmo.

Ansel. Ya estoy aquí.
Ped. Vé, llama á Cárlos y á Eugenia:
vé pronto. *Ansel.* Allá voy corriendo.
Segun me dicen las señas *apart.*
buen rato se les prepara:
Dios serene la tormenta.

ESCENA V.

Don Pedro é Isabel.

Ped. Con que eras depositaria
de sus secretos? *Isab.* Lo era
porque se fian de mí.
Justo es que los que se encuentran
sufriendo un mismo infortunio
se comuniquen sus penas
y todos juntos las lloren.
Ped. Usted señora pondera
en lo que dice.

ESCENA VI.

Dichos y Eugenia.

gen. Es verdad
ue vmd. me llama? *Ped.* Es muy buena
a pregunta: si señora.
gen. Pues ya estoy en su presencia.
l. Con que hija mia, vmd. tiene
mores sin mi licencia?
gen. Yo señor... Yo no amo á nadie.
l. Veis como miente?.... Te acuerdas
de Don Luis el Coronél?
gen. Mi padre, segun las señas, *ap.*
está informado de todo.
b. Eugenia, dí con franqueza
que Don Luis pide tu mano,
y que tú tambien deseas
este enlaze. *Eugen.* Si señor,
mi esperanza ha sido esa.
Don Luis es un hombre amable,
le adornan muy buenas prendas,
dixo que me amaba, y yo....
ab. Vamos, quál fué tu respuesta?
ugen. Que á su amor correspondia.
d. Y fuistes tan indiscreta
que confesaste.... *Eugen.* Yo creo
que siempre en todas materias
se debe decir verdad.
ed. No te he visto tan sincera
en mi vida; y como sabes
mentir conmigo, pudieras
haber mentido á Don Luis
cumpliendo con la modestia.

Yo te mando desde ahora
que le borres de tu idea,
pues ya te he buscado novio
y serás suya. *Isab.* Pero ella
no le ama.... *Ped.* Le amará
porque lo mando. *Isab.* La fuerza
no consigue.... *Ped.* Será justo
que una muchacha me venza?
Quién de los dos sabrá en esto
lo que conviene, yo ú ella?
Eugen. Quanto su cólera temo! *apart*
Ped. Infeliz de tí si muestras
ni la menor repugnancia
á unirte con quien ordena
tu padre. *Eugen.* Me casaré, *templan*
señor, con quien vmd. quiera.
Ped. Es hombre muy apreciable
por su honradez, su presencia
y sus bienes: á su lado
serás muy dichosa. Eugenia
le amarás? *Eugen.* Si vmd. lo manda,
yo le amaré *Isab.* Amar por fuerza
es imposible. *Ped.* Aquí viene
Cárlos. *Eugen.* Su cólera entera
vá á sufrir el desdichado.

ESCENA VII.

Dichos, y Cárlos que llega con timid
Ped. Vén: acercate, no temas.
Carl. Yo no temo. *Ped.* No es razon
que un hombre que vá á la guerra
sea cobarde. *Carl.* No lo soy.
Ped. Vaya: ya sé la carrera

que has elegido y no puedo
desaprobarla: es muy buena
y honorifica.... La toga
parece, segun las señas,
que no te gusta. *Carl.* Prefiero
la milicia. *Ped.* Enhorabuena.
Carl. Con que vmd. lo aprueba? *Ped.* Ya
lo ves. *Eugen.* Si hablará de veras! *ap.*
Ped. Tus acciones en campaña
darán á tu descendencia
un nuevo lustre, y mis nietos
se alegrarán quando puedan
contar entre sus mayores
un héroe. *Carl.* No sé qual sea
la suerte que me prepara
mi fortuna. Á esta carrera
me hallo inclinado: servir
al Rey y á la Patria es deuda
de la virtud, y yo puedo
envanecerme sin mengua
de la eleccion que he tenido.
Hombres eminentes prueban
la nobleza de las armas,
y yo me encuentro con fuerzas
para seguirlos. *Ped.* Conozco
en tu ardor mi sangre: muestras
virtud y valor. No dudo
que llegues con estas prendas
á ser un buen General.
Eugen. En breve á las chanzonetas *ap.*
seguirán las furias. *Ped.* Vamos,
con que es una Subtenencia
el grado que has conseguido?

Vivé Dios que bien empiezas,
bien por cierto. Enséñame
la patente. *Eugen.* Que simpleza,
viendo á su hermano que le dá un papel.
no se la entregara yo.
Ped. Aquí tienes la licencia
para que busques tu muerte:
esto tu amigo lo aprueba,
mas yo no lo apruebo, no:
y voy esta vez siquiera
á conservarte la vida. *rompe la patente.*
Carl. Rompe vmd de esa manera *irritado.*
un papel que ha confiado
á vmd. mi condescendencia.
Ped. Para usar de él no te falta
nada mas que mi licencia.
Carl. Ya el Monarca me ha nombrado.
Ped. Yo al Ministro de la guerra
veré: le hablaré, los medios
le propondré que convengan
para volverte á tu casa.
El Rey no quiere que sean
Oficiales de sus tropas
los jóvenes que no llevan
otras ideas que huir
de sus padres. Mil maneras
hay de servir á la Patria:
en qualesquiera carrera
hay honor. Un Magistrado,
un Comerciante, un Poeta;
todo aquel que se distinga
en la profesion que exerza,
es tan digno de alabanza

como el que brilla en la guerra.
Carl. Pues yo he de ser militar,
y en vano, en vano vmd. piensa....
Ped. Prefiero verte morir
antes que.... *Carl.* Sé yo una senda
por donde podré librarme
de la esclavitud paterna.
Sentaré plaza.... *Ped.* Infeliz,
y así se atreve tu lengua!...
Isab. Por piedad. *conteniéndole.*
Eugen. Hermano mio. *Isab.* Hijo....
Ped. Llega tu insolencia
á amenazar á tu padre?
Carl. Quién contenerse pudiera!
Ped. Oid que tono! Mirad
que ademan! Ved que soberbia.
Carl. Yo huiré de casa, y entónces....
Ped. Yo lo impediré. *Isab.* Modera
esa cólera. *Ped.* En mi quarto
le encerraré. *Isab.* Su imprudencia
perdona. *Ped.* Déxame que....
mirando adentro.
Mas qué escucho! Gente suena:
Don Diego es.... á que mal tiempo....
Qué puedo hacer?... Yo quisiera
ocultar de él este lance:
las desazones caseras
no se deben divulgar.
Aquí Don Diego se acerca,
vamos serenando el rostro. *á los tres.*

ESCENA VIII.

Dichos y Don Diego.

Diego. Allá en el jardin esperan
los vecinos. Doña Juana
aguarda con impaciencia
á la familia, y en tanto
su buen humor manifiesta
con los chistes que son propios
de su genio. Solo resta
que vmd. vaya, porque en todo
sea la diversion completa.
Ped. Allá vamos al instante. *sonriéndose.*
Oculta tú esa tristeza. *á Isabel.*
Diego. Sin duda riñendo estaba,
y en disimular se empeña.
Ped. Quieres mudar ese gesto.
Rie, habla, manifiesta
buen humor, ó yo te juro
que te acordarás. *Carl.* Es fuerza *á su padre.*
aparentar alegría
por cumplir con la obediencia.
La cólera me arrebata, *apart.*
y no es posible que pueda
contenerla aunque lo manda.
Ped. Muestrate alegre, y comienza *á Eugen.*
por enxugarte los ojos.
Cuidado que nadie sepa
que has llorado. *Eugen.* Bien está.
Yo estaré alegre y contenta
por obedecer á vmd.
*Miéntras todos estos apartes, Don Diego
é Isabel hablan en secreto.*

Diego. Corramos á donde esperan
los amigos. Sí, corramos,
y aûmente vuestra presencia
placer á la diversion.
Él es solo el que allí reyna,
y el que siempre reynar debe
en todos. Él es la prenda
de nuestra felicidad:
felicidad verdadera
que es muy justo que disfrute
el que como vmd. se encuentra
rodeado de sus hijos,
y con una esposa tierna
que le ama.... Vamos.
Don Diego coge del brazo á Don Pedro.
Ped. Vamos
á divertirnos. *volviendo á mirar á sus hijos.*
Isab. Mis penas
no podré disimular.
Carl. Ni yo el furor que me ciega.
Eugen. Por cierto, para alegrarse
es la ocasion estupenda.

ACTO III.

La misma decoracion, pero alumbrada con dos bugías que habrá sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

Don Diego y Anselmo.

Diego. Con efecto, mi cuñado
lució en la mesa su genio
á la perfeccion. Mostraba
placer, donayre, talento
con todos los convidados,
y reñia al mismo tiempo
por la menor bagatela
con su familia. Por cierto
que me hubiera divertido
á no ver el sentimiento
que atormentaba á mi hermana.
Ansel. Pues hoy ha estado sereno
para lo que él acostumbra
en dias de cumplimiento·
solo unas maldicioncillas
con algun otro reniego
nos regaló; pero fué
allá entre dientes: y á esto
se le llama acá dulzura.
Diego. Vuelvo á repetir de nuevo

que me admira la paciencia
con que ha sufrido su genio
Isabel. Mas sin embargo,
si me ayudas como espero,
yo pondré fin á sus males.
Cumpliste ya mi precepto?

Ansel. Si señor, ya le he cumplido
y con destreza y acierto.

Diego. Pero entretanto mi hermana
no ha irritado qual yo quiero
el furor de su marido.

Ansel. Como, si queda riñendo
ahora mismo. *Diego.* Sea en buen hora.
Él vendrá aquí en el momento
para jugar á las Damas
conmigo un poco. *se oyen voces dentro.*

Ansel. Qué es esto?
No escucha vmd. como grita.

Diego. Yo me retiro: no quiero
interrumpir la disputa:
volveré quando sea tiempo. *vase.*

ESCENA II.

Doña Isabel, Don Pedro y Anselmo.

Isab. Pero dime, esposo mio,
en qué te ofendí pidiendo
que perdonases á Cárlos?

Ped. Me ofendiste. Yo no debo
sino castigar su arrojo.
En dos meses por lo ménos,
no ha de salir de su quarto:
allí encerrado le tengo

y no saldrá. *Ansel.* En este instante
aparte atizando las luces.
ya ha salido. *Isab.* Yo te ruego
reflexîones que el rigor
puede perderle. *Ped.* Veremos
si logra ser militar
contra mi gusto. *Isab.* Debemos
temer que desesperado
tal vez cometa un exceso
criminal é irreparable.
Ansel. Ya está tranquilo y contento. *ap.*
Ped. Él cumplirá su deber,
o yo le obligaré á ello:
si señora. *Isab.* Con que sigues
el temerario proyecto
de hacerte temer de todos.
Ped. Le sigo porque estoy viendo
que aquí todos me censuran:
témanme todos al ménos,
ya que ninguno me ama.
Isab. Ese bárbaro decreto
revoca en favor de un hijo.
Teme tú no suelte el peso
enorme con que le oprimes,
y si él, quebrando los yerros
de un padre que le esclaviza
quiere obstinarse violento
en huir de tí: no hará mas
que recobrar sus derechos.
Oxalá que la fortuna
me proporcionase un medio
para quebrantar tambien
tan pesado cautiverio.

Eres tú quien me habla?
con la mayor sorpresa.
Sí.
está cansado mi pecho
sufrir : tú le has herido
nasiado. En tanto tiempo
no ha que estoy arrastrando
doloroso silencio
desgraciada cadena
mi infeliz casamiento,
un solo dia ha pasado
que no oiga aquí lamentos,
que lagrimas no mire,
que no atruene tu acento.
tengo á mi lado un tigre,
un amable compañero.
ponerme en su presencia,
esar mio, yo tiemblo.
por conseguir la paz
a mi voz y derechos
he cedido : callo y hablo
un quieren sus deseos,
un me nombrara dichosa
en medio á tanto tormento
me ultrajase pagando
ternura con desprecios.
elancólica, abatida
salud vá siempre á ménos,
ya hubiera yo espirado
o me diesen consuelo
s hijos.... Tal vez muy pronto
y para siempre á perderlos!
ié ha de ser de mí : aquí sola

con un tirano viviendo?
Los males que dividian
conmigo mis hijos tiernos,
todos y juntos caerán
sobre mí cada momento.
Oh, como tiemblo, al pensar
en presagio tan funesto,
que no hay fuerza en mí bastante
para padecer sin ellos:
y si la muerte ahora mismo
no dá fin á mis tormentos,
la ley romperá este nudo,
y huiré con mis hijos luego.
Ped. Ese lenguage señora, *mas admira*
me sorprende.... Apénas creo
que sale de vuestra boca,
y tan extraño y tan nuevo
es para mi, que no sé
como deba responderos.
Por qué de tantas crueldades
me acusais? Si he de creeros,
soy un malvado, un infame:
mis miradas y mi acento
infunden terror á todos;
y á vos, y a mis hijos mesmos
causan ódio.... Os atreveis
á acusarme? Y qué defectos,
qué delitos son los mios?
Por qué camino o qué medio
tantas victimas oprimo?
Voy á esas casas de juego
á exponer á un solo golpe
de la suerte aquel dinero

que es la herencia de mis hijos?
Corro en pos del lisongero
atractivo de una Tais?
Ciño yo en oprobio vuestro
de joyas su impura frente?
Yo conozco mis defectos
y los voy á publicar.
Amar como padre tierno
á unos hijos destinados
á contradecirme: en ellos
y en mi esposa estar pensando,
trabajar con todo esmero
para poder conducirlos
al estado lisongero
de una exîstencia feliz.
Éste es mi único deseo,
ésta mi única esperanza,
y aun teneis atrevimiento
de culpar á un corazon
tan generoso.... Ah, yo he hecho
tres ingratos... Pero no
tres infelices. *Isab.* No niego
tan loables qualidades.
Virtudes tienes, es cierto;
pero ay de mí: tus virtudes
no producen el efecto
de nuestra dicha. Un carácter
de indulgencia, un dulce afecto,
aquella contemplacion
que es justo tener respecto
de los demas.... Finalmente
aquella paz. *Ped.* Ya estoy viendo
que haces empeño formal

en irritarme de nuevo.
Pero guarda estas palabras
que del fondo de mi pecho
salen... Yo aprecio infinito
esos prudentes consejos;
pero en la edad en que estoy
no es fácil mudar de genio.
Así léjos de oponerte,
conviene que á mis defectos
te sigas acomodando.

Isab. Al contrario, yo pretendo
que....

Ped Concluyamos señora *muy irritado*
esta disputa. Yo cedo
el campo al menos prudente
y me voy; pero te advierto,
que temas mucho á un esposo
irritado, sí: ay de aquellos
que quieran contradecirle! *vase.*

ESCENA III.

Don Diego é Isabel.

Isab. Qué infeliz que soy: ni el ruego
ni la razon le desarman.
Amado hermano, á qué extremo
de crueldad llega mi esposo.

Diego. La disputa estuve oyendo,
y no es justo que te dexe
en manos de hombre tan fiero.
Ya es necesario que sigas
en un todo mi proyecto.
Mi amparo tienes: qué dudas?

Isab. Yo sin embargo recelo

que he de emponzoñar sus dias.
Desesperado y violento
quizás.... *Diego.* Vacilas aun?
Piensa que de este momento
pende tu felicidad,
y si se opone tu pecho
á mis designios, ya puedes
abandonar al tormento
todo el resto de tu vida.
sab. No Felix, ya te obedezco,
dispon de mí como gustes.

ESCENA IV.

Dichos y Anselmo.

Diego. Llegas á buen tiempo Anselmo.
Anda, executa al instante
mis órdenes con secreto.
Ya entiendes. *Ansel.* Usted descuide.
Diego. Á Dios.. *á Isabel.*
sab. En tus manos dexo
mi ventura ó mi desgracia. *vase con Ansel.*
Diego. Entre tanto yo á Don Pedro
aguardaré en esta sala,
pues me citó para el juego
y vendrá sin duda alguna.
Quanto mas pienso en el medio
que he elegido, tanto mas
á propósito le encuentro;
pero si acaso no alcanza,
para este hombre no hay remedio.
Gente se acerca.... Es usted.
Doña Juana....

ESCENA V.

Dicho, Doña Juana y Don Anacleto.

Juana. Sí, que vengo
á buscar á mi vecino,
y á decir mi sentimiento
por lo mal que me ha tratado:
pero dónde está? *Diego.* Allá dentro,
ocupado en su escritorio.
Juana. No importa: yo voy corriendo
á decirle en dos palabras....
Diego. No señora, no: yo mesmo
iré al instante á avisarle,
y á decirle al mismo tiempo
que vmd. parece se halla
con él quejosa en extremo. *vas*

ESCENA VI.

Doña Juana y Don Anacleto.

Juana. Mandar á llamar su hija
quando está conmigo viendo
una funcion de teatro!
Anacl. Eso es propio de su genio.
Juana. Yo le daré á conocer
con que atencion y respeto
debe tratarse á una dama
de mi clase. *Anacl.* Ya Don Pedro
viene aquí. *Juana.* Venga en buen hora.

ESCENA VII.

Dichos y Don Pedro.

Juana. Sepa vmd. señor Don Pedro
que estoy con vmd. furiosa.

d. Pues yo con vmd. qué he hecho?
ana. Usted lo sabe muy bien,
pero conoce su yerro
y disimula. *Ped.* Señora,
explique vmd. tal misterio.
ana. No puede Eugenia conmigo
r al teatro? *Ped.* Es muy cierto.
ana. Pues si lo es, de qué ha nacido
ese capricho grosero
de llamarla con tal prisa?
l. Yo llamarla ... Está muy bueno:
yo! *Juana.* De parte de vmd. mismo
fué Cárlos al aposento
y se la traxo. *Ped.* Mi hijo?
ana. Disimule vmd. mas tiempo:
su hijo de usted. *Ped.* Habrá infame!
Mis iras.... *Juana.* Pero qué ha hecho?
d. Yo le tenia encerrado
en castigo de un exceso,
y el bribon se me ha escapado.
Le he de arrancar el aliento
si se pone en mi presencia.
ana. Pero que está vmd. diciendo
de encierro. Trata vmd. á Cárlos
como á un niño? *Ped.* Y en efecto
se llevó á su hermana? *Juana.* Sí.
d. Donde estarán? Aun no han vuelto.
ana. Qué inquietud es esa? Puede
que Isabel.... *Ped.* Salgamos presto
de dudas... Anselmo... Él mismo
me aclarará este misterio,
que á pesar mio me irrita
y me llena de tormento.

No haber venido á estas horas....
Este es el diá primero....
Pero Isabel no ha salido,
ni nada me ha dicho de esto.
Si será alguna funcion
que tal vez habrán dispuesto
y se han ido sin dignarse
de advertírmelo primero.

Juana. Y eso qué tiene de extraño?
Á qué viene estar inquieto?
Á qué esa cólera? Amigo,
usted es un hombre fiero.

Anacl. Si lo he dicho yo: por nada
se enfurece. *Ped.* Ya estoy viendo
que hoy todos se han conjurado
para llevarme á un extremo
y lo habrán de conseguir.

ESCENA VIII.

Dichos y Anselmo.

Ped. Venga vmd. señor Anselmo,
hágame vmd. el favor
de informarme de qué medio
se valió el señor Don Cárlos
para huir de su aposento:
diga usted. *Ansel.* Por la ventana
saltaria. Nunca un viejo
puede guardar á un muchacho.

Ped. Anda, corre en el momento,
díselo á tu ama. *Ansel.* Ha salido
habrá una hora: gimiendo,
sola y sin criados. *Ped.* Sola?

Ansel. Si señor, sola. *Juana.* Preveo

aquí gran mal. No le ves *á su marido.*
todo abatido y suspenso?
Ped Pero si está ahí su berlina! *reflexîonando.*
Ni cómo puede ser cierto
el que haya salido á pie....
Ansel. Es que mandó con secreto
por un coche de alquiler.
Ped. Oh Dios! *suspirando.*
Y porque al momento
no corriste á avisarme.
Ansel Ser espía y carcelero,
son empleos muy odiosos:
busque vmd. señor para ellos
otro mas acomodado.
Ped. No sé que hacer: yo me encuentro *ap.*
combatido de sospechas.
Ola, que baxe al momento *á Anselmo.*
un criado, y sin tardanza
monte en mi caballo negro:
vaya otro en su compañia.
Otro que vaya corriendo
á casa de mis amigos.
Otro que parta ligero
á ver si están en mi quinta:
el otro ... Qué estas diciendo
hombre infeliz.... Eso fuera
publicar.... Ya nada quiero.
Aguardaré.... Vete al punto. *á Anselmo.*
Ansel. Ya me voy: esto es muy bueno, *ap.*
el furor queda pintado
en su rostro.
Juana. Dime Anselmo, *aparte á él.*
huyó acaso tu señora

con sus hijos? *Ansel.* Á lo ménos
así las señas lo indican.
Juana. Hizo muy bien, si lo ha hecho.
Quien habia de sufrir
á esa furia del infierno.
Yo misma se lo diré
bien claro. *Ansel.* Mucho me alegro.
Ya le dexo batallando
con un demonio perfecto.

ESCENA IX.

Dichos ménos Anselmo.

Ped. Disimule vmd. vecina:
tan afligido me encuentro
que no sé cómo, ni á dónde
dirigir mis pensamientos.
Esta ausencia de mis hijos
y mi esposa.... Este silencio:
todo, todo me confunde.
Juana. Pues bien claro está todo eso.
La esposa de vmd. y sus hijos
eternamente sufriendo
el abuso que vmd. hace
de su autoridad con ellos
por librarse de un tirano
de aquesta mansion huyéron.
Estos del terror injusto
son los bárbaros efectos:
y vmd. mismo es, quien odioso
y desgraciado se ha hecho.
Ped. Y por qué vmd. me atribuye
la culpa de este suceso?
Soy yo por ventura un hombre

sin razon y sin talento,
que ha obligado á su familia
á ir de su casa huyendo?
Quién os hizo esa pintura
de mi caracter? *Juana.* El pueblo
que lo observa y lo conoce.
Todo Madrid lo está viendo,
y todos se alegrarán
quando sepan que saliéron
de esclavitud tan penosa
esos míseros, objetos
de compasion.... Yo lo digo,
se alegrarán. *Ped.* Yo desprecio
la censura de esas gentes
á quienes llama vmd. pueblo.
Censura al fin de mugeres,
de éstas que sin mas objeto
que entretener de algun modo
su ociosidad, van diciendo
por las casas que visitan
lo que se hace, ó no se ha hecho
en quantas no son la suya.
Juana. Ese epigrama no creo
que hable conmigo. Yo solo
lo que es público profiero,
y ante vmd. mismo. Ademas,
yo me juzgo con derecho
para vengar los agravios
de mis amigos. *Anacl.* Silencio.
Mira muger.... *Juana.* Calla tú.
Ped. Usted muestra mucho zelo,
mas no ha menester mi esposa
vengadores. *Anacl.* Que Don Pedro...

Juana. Déxame á mí que responda.
Pudiera con un acento
confundirle si quisiera;
pero en este instante pienso
mas que en mi propio desayre
en las penas que sufriendo
están los que por desgracia
viven con él.
Ped. Ya no puedo *reprimiéndose la cólera.*
contenerme.... Usted imponga
á esa señora silencio.
Juana. Quién, mi marido?... Graciosa
idea. *Ped.* Don Anacleto!
Anacl. Mi muger tiene razon.
Juana. Con que vmd manda severo
quando yo hablo con justicia
el que me impongan silencio?
Ridícula pretension!
Por lo demas yo no tengo
que temer de ese mandato
que dá mas risa que miedo.
Mire vmd., mire á mi esposo:
por su honradez, por su genio,
por su virtud, yo le amo
y hago siempre todo aquello
que él desea y que no manda.
Si la suerte, en casamiento
con vmd. me hubiera unido,
no estaria padeciendo
yo una infame servidumbre
entre el baldon y el tormento.
Yo hubiera hablado á mi esposo
desde los meses primeros.

Hubiera fixado entónces
los suyos y mis derechos,
y en vano despues querria
ser mi tiránico dueño:
usted sería conmigo
un esposo, un compañero.

Ped. Usted señora, abusando *con furor.*
está de mi sufrimiento.

Anacl. Ya es tarde: vamos á casa.

Ped. Sí: me parece que es tiempo.

Juana. Y vmd. me despide así?
Sepa vmd. que es un grosero;
pero ántes de retirarme
le diré que es un perverso,
un injusto, un opresor.
Que vmd. con su genio ha hecho
infelices á sus hijos,
que ellos han sido muy cuerdos
en huir de su tirano.
Que Isabel por este medio
ha hecho muy bien en librarse
de tan atroz cautiverio.
Ya gracias á ese abandono
está vmd. solo: qué necio
pisará ya estos umbrales?
Si señor, aquellos genios
que como el de vmd. son duros,
predominantes y fieros,
ó viven solos en casa,
ó aislados en los desiertos,
renunciando para siempre
á su familia y sus deudos
de quienes son los verdugos:

renunciando al mismo tiempo
á la sociedad, de quien
son el azote funesto.
Ya me expliqué francamente.
Ya vmd. me escuchó Don Pedro.
Beso á vmd. la mano: á Dios,
que duerma vmd. con sosiego.
Anacl. Siento irme, pero mañana
yo veré á vmd. en secreto.

ESCENA X.

Don Pedro solo.

Ped. Qué muger! Y yo he podido
proponerla por modelo
á mi esposa y alabar
su discrecion y su genio?
Y qué, seré yo un injusto
á mi pesar? Compadezco
á ese marido que vive
á tanto orgullo sujeto.
Mi muger, esta mañana,
quando mi furor violento
la reñía, con dulzura
procuraba contenerlo.
Ah! si me habrá abandonado.
Es su corazon muy bueno
y no será.... Sin embargo,
de la amenaza me acuerdo
que hizo de huir de mi lado,
y de recurrir.... No hay medio,
ahora mismo en el instante
voy á correr todo el pueblo
hasta encontrar con su asilo,

y si acaso está dispuesto
el que sobre mí recaiga
un vergonzoso decreto:
correré para vengarme
hasta el fin del universo.
Al ir á salir vé á D. Diego y se detiene.
Qué inoportuna visita!
Mi agitacion ocultemos.

ESCENA XI.

Dicho y Don Diego.

Diego. Me estaba vmd. esperando?
Ped. Como es ya tarde!
Diego. Allá adentro
aguardaba á que se fuesen
los vecinos. *Ped.* Al momento
se fuéron. *Diego.* Ella es amable.
Ped. Amigo, guardeos el cielo
de tener una muger
semejante. *Diego.* Cómo es esto
que ni á su esposa de usted
ni á sus hijos aquí veo?
Se han ido ya a recoger
ó juegan en su aposento?
Ped. Ay amigo, esa es la causa
de la inquietud que padezco.
Aun á casa no han venido,
cosa que jamas han hecho:
y yo temo.... *Diego.* No hay por qué.
Ped. Oh Dios mio! *Diego.* En ese miedo
veo de un padre sensible
el arrebatado afecto.
Ped. Y aun no vuelven!...

Diego. Vamos , vamos,
que por hora mas ó ménos
no debe vmd. inquietarse.
Un lancecillo del juego,
un chiste : qualquiera cosa
habrá hecho que mas tiempo
se detengan en visita.
De un instante á otro espero
verlos entrar. *Ped.* Ciertamente *con viveza.*
lo espera usted ? Me consuelo
al oir esas palabras.
Diego Miéntras que llegan juguemos.
Ped. Ahora estoy tan distraido!
Otro dia jugaremos
si á vmd. le parece. *Diego.* Bien.
Ped. Perdonad á un padre inquieto....
Diego. Por eso yo pretendia
calmar su desasosiego.
Esa voz , esas miradas
prueban en este momento
quanto amor á su familia
profesa un padre alhagüeño.
Por qué á mí no me ha tocado
el destino placentero
de amar á una tierna esposa ?
Padre , como vmd. tan bueno,
tan buen esposo , á los dos
envidiara el universo.
Adorado de mis hijos
y mi esposa con extremo,
nunca hubiéramos tenido
mas que una alma y un deseo.
Junto á prendas tan queridas

su felicidad haciendo,
y gozándome en mi dicha
provocára al hado adverso.
Qué puede afligir á un padre?
Si acaso está padeciendo,
vienen todos exhalados
á alegrarlo y socorrerlo.
Su esposa con sus caricias
dulcifica sus tormentos:
sus hijos están velando
al rededor de su lecho,
y sacrificando todos
hasta el descanso y los juegos,
cambian en dias alegres
los tristes dias de un viejo.
ed. Descripcion cruel.... qué hago?
ocultando su agitacion.
Los sentidos recobremos.
iego. Así verá vmd. á sus hijos
en la ancianidad.
ed. Lo espero.... *llegando al tablero.*
Mas no hablemos de ese asunto
que me sirve de tormento.
iego. Quiere vmd. jugar ahora?
ed. Si vmd. gusta jugaremos,
pueda ser que me distraiga.
iego. Seguramente.... Empezemos.
se sientan á jugar.
ed. Yo saldré.... Valor. *aparte.*
iego. Se entabla
perfectamente este juego.
dá el relox la una.
ed. Qué hora es esta.... *muy asustado.*

Diego. Ese relox
vá adelantado. *Ped.* Aun no han vuelto
y es la una de la noche?
Diego. Coma vmd... De vmd. es el negro.
Ped. Escuche vmd.... yo oigo.... no.
Diego. Usted perdio sin remedio. *jugando.*
Como estos tres y la dama,
voyme a la calle de enmedio,
y estos peones no pasan.
Ped. Ahora no me engaño... Siento,
levantándose con viveza.
sí : no hay duda.... Gente suena
por la sala.... Si son ellos,
como pueda, he de mostrarlos
mi furia toda.

ESCENA XII.

Dichos y Anselmo con una carta.

Diego. Es Anselmo.
Ansel. Esta carta es para usted.
Ped. Quién te la ha dado?
Ansel. Un sugeto
á quien no he visto en mi vida.
Ped. Es de mi esposa.... Yo tiemblo
al abrirla.
Ansel. Qué tal vá? *aparte á D. Diego.*
Diego. Amigo, estoy muy contento,
porque su dolor vá á mas,
y su mal humor á ménos.
Ansel. Pues si es así, yo respondo
de su curacion. *Ped.* Qué es esto?

Mi esposa escribirme así!
Podré creer lo que veo?
Reprimamos el furor,
pues yo á mí propio me temo.

Lee con la mayor agitacion algunos párrafos de la carta en alta voz, y los demas como para sí.

"Hum, hum .. Serán inútiles todos los me-
»dios que busques para reconciliarnos....
»Yo estoy en una casa respetable. Voy á
»ponerme baxo la proteccion de un Supre-
»mo Tribunal: él será solo quien decida
»de mi suerte y la de tus hijos."
Recurrir á un Tribunal!
Temblad mi furor, perversos.
"Por tu carácter feroz has causado la des-
»gracia de toda tu familia. Supuesto que
»estas creyendo que tienes derecho para
»tratarnos como esclavos, nosotros tam-
»bien nos hemos creido autorizados para
»no ver en tí mas que un tirano, y huir
»de tu lado para siempre."
Para siempre, para siempre!

con el mayor dolor.

Diego. Á un tiempo en su rostro veo
la ira y el dolor pintados.
Ped. Temed pérfidos el ceño
de un padre precipitado
en horroroso despecho.
Y ya qué me resta, solo
una vida de tormentos.
Ingratos, ya que mi muerte

causáreis vosotros mesmos,
puedo al ménos maldeciros.
Sí: yo os maldigo y detesto....
Ah! no, perdon hijos mios,
mi corazon está léjos
de cebarse en vuestro daño.
Venid, venid á mi seno.
Ansel. Oh qual se abate!
Diego. Qual gime:
quál suspira! *Ped.* Recobremos
el valor: quejas ni llantos
no calmarán mi tormento:
es preciso resignarse.
Perdóneme vmd. Don Diego
si á mi estancia me retiro.
Qué oprimido está mi pecho
con golpe tan impensado
y tan atroz!... Vén Anselmo.
Diego. Siento las penas de usted.
Ped. Ah, mañana por extenso
sabrá vmd.: conocerá
todo mi dolor.... Entremos
á sufrir nuevos martirios.
Ayer noche en este puesto
me despedí de mis hijos
y de mi esposa.... Hoy me veo
privado de sus caricias,
y voy solo á mi aposento. *apart*
Diego. Es padre, y ama á sus hijos.
En este título tengo
fundada yo mi esperanza.
No le abandones Anselmo
miéntras que yo voy á hablar

á mis caros prisioneros,
y á noticiarles que pronto
tendrán el mayor consuelo.

Vanse, y entran algunos criados que apaguen las luces, y queda enteramente obscura la sala.

ACTO IV.

La misma decoracion que en los actos anteriores. Anselmo entra y abre una ventana con que se aclara el teatro.

ESCENA PRIMERA.

Anselmo solo.

Ansel. Mi amo queda en su aposento,
y parece que ha logrado
tranquilizarse en su pena.
Pero cómo tarda tanto
Don Felix? Miéntras le espero
iré arreglando estos trastos.

ESCENA II.

Dicho y Don Diego.

Diego. Qué nuevas tienes que darme?
Verémos por fin logrados
los frutos de nuestra empresa?
Qué hizo, qué dixo tu amo?

Ansel. Fuera de la cama estuvo
toda la noche entregado
al mas profundo dolor.
Ya á voces llamaba ingratos
á su esposa y á sus hijos.
Ya nombrándose culpado
miraba con atencion
de sus hijos los retratos,
y lloraba amargamente.
Luego á los primeros rayos
de la aurora, se sentó,
y afanado en su trabajo
queda aun. Á su caxero
mandó llamar, y encargado
le dexó en la casa toda.
Tambien ordenó al lacayo
que ántes de una hora tuviese
prevenidos los caballos
sin haber dicho siquiera
adonde dirige el paso
con tanta celeridad.
Diego. Nunca hubiera yo pensado
que tomase este partido.
Mas no importa: en todo caso
tú impedirás que lo cumpla.
Ansel. Yo obraré siempre arreglado
á quanto vmd. me dixere.
Diego. Entre incertidumbre y llanto
mi hermana estará afligida.
Anda, vé, corre á su quarto,
y procura consolarla.
Ansel. Los señoritos llegáron
á saber quien es usted?

Diego. Ambos me diéron los brazos,
como buscando en los mios
el amor que no han hallado
nunca en su padre. De todo
ya están los dos informados.
Mas no perdamos el tiempo,
vete á verla: aquí te aguardo
para disponer.... *Ansel.* Callemos
que aquí se acerca mi amo.
vase corriendo y sale Don Pedro.

ESCENA III

Don Diego y Don Pedro.

Diego. Y bien amigo Don Pedro,
se encuentra vmd. mas calmado
en las penas que mi pecho
con tanto rigor pasáron.
Ped. Yo viviré agradecido,
amigo mio, á tan alto
favor. Ya no es un misterio
en mi casa mi quebranto,
y por lo mismo no dudo
que vmd. sabrá todo el caso.
Yo soy un padre infeliz,
un esposo abandonado.
Diego. Dicen que Doña Isabel
con sus hijos... *Ped.* No dudáron
destrozarme el corazon,
y al mas triste desamparo
me condenan para siempre.
Diego. Contra un golpe tan amargo
la razon sola.... *Ped.* Qué puede
la razon en mis quebrantos?

Diego. Por qué entregarse tan breve
á un despecho temerario?
Confie vmd. en el tiempo.
Ped. No tengo siquiera un rayo
de esperanza en mi dolor.
Mi esposa, que se ha mostrado
siempre fiel á sus deberes:
siempre de un carácter blando,
siempre tímida en sus hechos
tiene sin duda á su lado
algun traidor que la guia
y la subleva en mi daño.
Su misma debilidad
me prueba que ya ha tomado
un partido decisivo.
Sí: quando ella ha dado tanto
escandaloso rumor
con su marcha, es que ha fixado
para siempre su destino
y que no vuelve á mis brazos.
Diego. Yo no pretendo saber
los motivos que han causado
esa fuga que á vmd. dexa
en tan triste desamparo.
Pero sí por vmd. mismo
le exhortó á que á golpe tanto,
oponga con fuerte pecho
su valor y sus conatos.
Si yo como vmd. me viera
en un lance tan amargo,
buscára al punto consuelo
en mis amigos. *Ped.* Y quando
hubo amigos en el mundo?

Los amigos que me ha dado
naturaleza eran solo
mi esposa y mis hijos caros.
Diego. La amaba usted?
Ped. Nunca, nunca *con entusiasmo.*
un esposo ha amado tanto
á su dulce compañera.
Diego. Con que solo son culpados
sus hijos de vmd., perdiéron
los derechos que gozáron
en el corazon de un padre?
Ped. Sus derechos?...En pensarlo, *irritado.*
en pensarlo solamente
se me está haciendo un agravio.
Diego. No se enfade usted. *riendose.*
Ped. No tiene
un padre hijos tan amados,
ni tan dignos de su amor.
Diego. Pues á quién en este caso
culparémos? Si ellos son
inocentes, el culpado
es usted.
Ped. Quién? yo! No creo.... *como cortado.*
Diego. En el caso en que ya estamos
me parece que bien puedo
hablar á vmd. sin reparo.
Nosotros por lo comun
estamos siempre abusando
de nuestro poder. Yo he visto
mil veces á un hombre honrado,
buen padre, mejor esposo,
es el primer arrebato
de su cólera, ultrajar

al mismo objeto adorado
de su corazon, y luego
que iban sus iras calmando
detestarse y maldecirse
por haberse asi entregado
á tan indigno furor.
Mas, infeliz! ya eran vanos
sus remordimientos. Nunca
el débil ser que injuriamos
perdona en su corazon.
Podrá fingir por un rato,
pero no amar á quien teme.
No: que el puñal, penetrando
vá hasta el fondo de su pecho,
y no es dado ya arrancarlo.
Su aborrecible marido
envejece con los años,
y mas y mas repitiendo
gritos, baldones y agravios,
en la márgen del sepulcro
se vé al fin abandonado.

Fed. Usted me hace avergonzar.

Diego. Este esposo temerario
jamás que llorar tendria
si quando ligó su mano,
mostrándose ménos fiero,
hubiera tambien mudado
aquel furibundo genio
en carácter dulce y blando.
El hacerse amar de todos
cuesta por ventura tanto?
Con la esposa á quien se adora
confianza y agasajo.

Con los hijos alegría,
juegos y tiernos alhagos.
Disimulo, compasion
y aprecio con los criados.
Una mirada risueña,
una palabra que al paso
se les diga con cariño
les dexa regocijados.
Quando brilla la alegría
en el semblante del amo,
reyna la tranquilidad
en todos. Apresurados
corren al punto á cumplir
aun sus menores encargos.
Previenenle sus deseos,
quisieran ver duplicados
sus placeres: apetecen
su ventura, y este amo
objeto de gratitud,
se mira recompensado
en los mismos infelices
que hizo dichosos.

Ped. Qué quadro *abatido.*
presenta vmd. á mi vista!
Yo he sido solo el culpado,
y á mi esposa y á mis hijos
hice.... Oh Dios! Desventurados!

ESCENA IV.

Dichos y Anselmo.

Diego. Qué traes? *Ansel.* Vengo señor...
Yo no sé como explicarlo.

Ped. Están los caballos prontos?

Ansel. Sí señor. *Ped.* Bien.
Ansel. Sin embargo,
quisiera decir. ..
Ped. Qué quieres? *con viveza.*
Ansel. Perdone vmd. si el cuidado...
si mi zelo... *Ped.* Qué, has sabido
de mi familia? *Ansel.* No trato
de eso. *Ped.*Pues dí: de qué tratas? *irritado.*
Ansel. Señor.... *retirándose.*
Ped. Bribon, temerario: *enfurecido.*
habla ó sino....

Anselmo vá lentamente hácia la puerta. Don Pedro le alcanza y le detiene con dulzura.

Ansel. Con permiso....
Ped. Perdona amigo este rapto
de cólera, que á ofenderte
á mi pesar me ha arrastrado.
Ansel. Pide perdon? En la vida *ap.*
le he visto tan cortesano.
Ped. Qué venias á decirme?
Ansel. Vengo señor indignado
de mirar vileza tanta.
Al punto que los criados
supiéron que ya mi ama
no vuelve á casa, entre tantos
no hay uno solo que quiera
quedar con vmd. Anastasio
ha recogido su ropa:
la cocinera ha sacado
ya su baul: el cochero
la librea se ha quitado,
y se marchó ya hace tiempo

á beber con el lacayo,
y hasta el anciano Beltran
se vá tambien. *Ped.* Pero Claudio,
Claudio, mi fiel escribiente,
no me ofreció en el despacho
venir conmigo á este viage?
Ansel. Ya es de parecer contrario.
Si la señora no hubiera
esta casa abandonado,
aun mirára vmd. sujetos
los criados á su mando.
Ella usaba con nosotros
de aquel agradable trato,
que hasta al perverso enamora
y le obliga á ser honrado.
Quánto la querian todos!
Quando anoche se informáron
de su fuga, era de ver
con qué dolor se explicáron
culpando á vmd. solamente,
y maldiciendo de su amo
lloraban los picaruelos
como unos niños! Qué quadro
tan tierno, señor! Si usted
lo hubiera estado escuchando,
yo sé que vmd. lloraria.
Ped. Por piedad dexa eso á un lado,
y tratemos de marchar.
Tú, Anselmo, en lugar de Claudio,
has de venir. *Ansel.* Yo señor....
Ped. Siempre contigo he contado,
y tú me acompañarás.
Ansel. Aunque ahora vmd. en mi daño

arme todo su furor,
y aun su brazo, es necesario
que le dexe.
Ped. Anselmo, Anselmo. *repriméndose.*
Ansel. Mañana sin falta, parto
á buscar á mi señora.
Desde sus primeros años
la he servido, y ella sola
habrá de tener cuidado
de mi vejez. *Ped.* Con que sabes....
Ansel. Nada: yo encuentro lo que amo
con viveza.
buscándome yo á mí mismo.
Ped. No creí llegase á tanto *abatido.*
el odio que yo merezco.
Anselmo, eres fiel criado,
y no puedo yo tacharte
por el amor que has mostrado
á tu ama.... Á Dios amigo.
Ansel. Me enternece. *aparte.*
Ped. Á los criados
dirás que en el mismo instante
se pagarán sus salarios.
Diego. Ya de su cólera triunfa. *aparte.*
Ansel. Que afligido está: yo aguardo
de su bello corazon
un completo desengaño. *vase.*

ESCENA V.

Don Pedro y Don Diego.

Diego. En fin, qual es el proyecto,
segun lo que yo he escuchado,
veo que vmd. determina

hacer un viage muy largo.
Ped. Sí, muy largo, amigo mio,
y de su bondad aguardo
un favor que le suplico,
como amigo de mi hermano.
Éste es, que vmd. no abandone
esta casa en todo un año:
fácil será descubrir
donde Isabel se ha ocultado,
y usted á su lado puede
servirme á mí. De ese anciano
sabrá vmd. su paradero.
Véala vmd.: á su lado
esté siempre, y dé á mi pecho
este gusto en su quebranto.
Dígala vmd. que de casa
me partí desesperado.
Que voy á vivir oculto
en los climas mas lejanos.
Que si ella con esa fuga
tan solamente ha tratado
huir de mi compañía,
viva feliz entre tanto
que yo moriré viviendo
en eterno desamparo.
Y que para que sus penas
tengan fin, no es necesario
el vergonzoso recurso
que ofrecen los Magistrados.
Diego. Usted quedará servido.
Ped. Añadala vmd. de paso,
que para que quede ilesa
su opinion, y no dar campo

á las maldicientes lenguas,
debe volver con recato
á esta casa, que es herencia
que sus padres la dexáron.
En materia de intereses
todos los dexó fiados
á su prudencia, y espero
que ella sabrá manejarlos.
En quanto á bienes son suyos,
y á mas la cedo en el acto
nuestros comunes derechos:
y nada, nada me guardo
para mí, ni mis dos hijos.
Ah, yo me veo privado
con la mayor sensibilidad.
del bien por quien solamente
amé la vida. Lejano
de mi patria y de los mios,
qual víctima que entregáron
al furor de su destino,
yo iré baxo un cielo extraño
á buscar la muerte. *Diego.* Amigo,
usted me está traspasando
el corazon. Por qué irse
tan léjos del suelo patrio?
Ped. Alejarse es el consuelo
que le queda á mi quebranto.
Yo iré á buscar á su tierra
á Don Felix, mi cuñado
y amigo de vmd., á quien finos
Isabél y yo adoramos.
Diego. Y viaja vmd. por buscarle?
Ped. Sí amigo: voy á su lado

á encontrar en mis fatigas
un consolador humano.

on Diego hace un movimiento como que se enternece.

No es verdad que cariñoso
me recibirá en sus brazos?
Yo nada le ocultaré
de todo quanto ha pasado.
Él leerá mi corazon,
conocerá mi quebranto,
sabrá que la suerte impía
ha desecho nuestros lazos.
Me perdonará las penas
que en su hermana he derramado,
y al mirar el dolor mio
llorará conmigo acaso.

Diego. No hay duda que llorará.
Su afliccion ha penetrado *aparte.*
hasta el fondo de mi alma.

Ped. Usted se enternece? Ah, quanto,
quanto ese interes me obliga.

Diego. Pero está determinado
el partir hoy sin remedio.
Difieralo vmd.: yo aguardo....
Yo tengo acá mis razones.

Ped. Ya es imposible, pues quantos
objetos miro acrecientan
mi dolor, y despertando
mi memoria mas y mas.
me hacen infeliz. Los pasos
de mi esposa y de mis hijos,
parece que están sonando
por esas piezas. Aquí

F

miraba con placer tanto
reunida mi familia.
Cárlos estaba estudiando,
allí mas acá mi esposa,
mi esposa con su hija al lado
me colmaba de alegría
ocupada en su trabajo.
Yo los estoy viendo aun.
No : mi ilusion es en vano.
Infeliz de mí ! Yo busco
estos objetos amados
qual los buscára en el templo
donde hubieran sepultado
sus inocentes cenizas.
Ah, no es posible.... yo parto.
vase precipitadamente.
Diego. Don Pedro, Don Pedro, amigo,
oigame vmd.... pero es vano
mi temor : no partirá,
pues Anselmo está encargado
en estorvar este viage.
Mas qué veo... Eugenia, Cárlos,
á quien buscais ?

ESCENA VI.

Dicho, Cárlos y Eugenia.
Carl. Á mi padre.
Sentimos ruido en el patio,
y con toda precaucion
al balcon nos asomamos.
Vimos que cargan un coche,
que se disponen caballos.
Quien es quien marcha ? *Diego.* Tu padre.

gen. Mi padre? Habremos causado
nosotros esta partida.
ego. Al mirarse abandonado
de las prendas que mas quiere,
huye de su patria. *Carl.* Vamos
á arrojarnos á sus pies.

ESCENA VII.

Dichos é Isabél.

ab. Felix, qué hemos hecho? Acabo
de ver ahora á mi esposo.
En su rostro están pintados
los horrores de la muerte.
Quién pudiera al ver su llanto
no perdonarle? Yo estaba
oculta junto al descanso
de las puertas del jardin:
él iba determinado
á tomar el coche, y yo
iba á ofrecerle mis brazos,
quando de repente miro
que llega Anselmo gritando.
"Se ha roto un exe, y el coche
"no puede andar." Yo pensando
que esto es una ficcion tuya,
y viendo ya retardado
el punto de su partida,
vengo á rogar á mi hermano
abrevie el tiempo penoso
de esta division, que tanto
está afligiendo á nosotros,
como pena está causando
á mi esposo.

ESCENA VIII.

Don Pedro y Don Diego.

Diego. Aquí se acerca,
ocultaos, ocultaos.

Dice éste mirando adentro. Isabél y hijos se ocultan, y quedan solos en la escena Don Pedro y Don Diego.

Ped. Á mi pesar vuelvo á verte
triste mansión! Se ha quebrado
un exe, y esta desgracia ...

Diego. Desgracia! Y por qué juzgarlo
como un mal? El cielo a veces
de los pequeños acasos,
hace depender la suerte
de los miseros humanos.

Ped. Pero que el exe se rompa,
que tiene que ver... *Diego.* No trato
de decir precisamente
el influxo bueno ó malo
que tenga ese contratiempo:
mas puesto que se ha atrasado
el viaje, bueno será
procuremos consolarnos
hablando. *Ped.* De qué? *Diego.* De aquel
que vmd. mismo vá buscando.
Supongo yo que vmd. llega
á casa de su cuñado,
y que en sus brazos le estrecha.
Él como amigo y hermano,
procurará hallar un nudo
que vuelva á ligar á entrambos
en dulce paz. *Ped.* No es posible

que le encuentre. *Diego.* Supongamos
que le busca. Lo primero
que exîgiera en este caso
fuera que vmd. conociese
que a su esposa habia tratado
como á una esclava, que humilde
se sujeta á nuesrro mando
por miedo, no por amor.
Que si bien vmd. la amado,
la ha ocultado por sistema
su cariño, imaginando
por este medio. *Ped.* Ese ha sido
un error que lloro en vano.
Diego. Tambien Don Felix dirá
que vmd. se portó insensato
en no dexar que siguiese
sus inclinaciones Cárlos,
respecto de la carrera
que habia elegido. Otro tanto
le diria con razon,
hablando de Eugenia, en quanto
á su boda con Don Luis.
Él es un jóven bizarro
de la primera nobleza,
y que tiene acreditado
que sabrá hacerla feliz.
Ped. Por qué impio y sanguinario
aprieta vmd. en mi cuello
el dogal que me está ahogando?
No: ni mi arrepentimiento,
ni este dolor, ni este llanto
de despecho, bastarán
á volverme los alhagos

de esa esposa, de esa esclava,
de esos hijos que he ultrajado.
Jamás se perdona á un monstruo.
Nunca, nunca á los tiranos
se puede amar. Oh qué idea
tan cruel! Al punto huyamos
de estos techos que me oprimen.
Voy á tomar un caballo,
me voy solo... á Dios, amigo. *abrazándole.*
Isabél, Eugenia, Cárlos,
llamándolos con el mayor dolor.
á Dios para siempre.
vá ácia la puerta precipitadamente.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, Isabél, Cárlos y Eugenia que por distintas partes salen á detenerle. Luego Anselmo.

Eugen. Ah, no. *Carl.* Padre mio.
Isab. Entre tus brazos
mira á tu esposa. *Ped.* Qué es esto?
manifestando la mayor sorpresa y alegría.
Mis hijos... mi esposa... Amados
objetos del dolor mio!
Ah, no puedo mas... Mis labios
no aciertan. *Eugen.* Perdon. *Carl.* Perdon.
Isab. Perdoname. *Ped.* Al que es culpado,
al que haceis feliz, pedis
perdon... No os estoy mirando?
En mis brazos no os estrecho?
Isab. Y todos en estos lazos
viviremos, moriremos.

Ped. Pero dónde habeis estado?
Diego. En mi aposento. Yo soy
quien su fuga aparentando,
supo hacerte conocer
quan ciego estabas. *Isab.* Mi hermano
que te habla, fué el instrumento
de tus penas.
Diego. Y en tus brazos *le abraza.*
voy á buscar mi castigo.

Sale Anselmo.

Ansel. Yo tambien mi parte aguardo,
pues fuí complice en el fraude.
Ped. Por dos veces has librado
á esta casa de una ruina.
Diego. Ya quedo recompensado
con el gusto de tu enmienda.
Ves que no eran en vano
las suposiciones mias?
Y pues se ha verificado
esta reconciliacion,
cumple tú tambien los pactos
que te impuse. *Ped.* Sí, lo haré.
Eugenia dará la mano
al Coronél quando venga
á Madrid. Servirá Cárlos
en la milicia á su patria,
y mi carácter mudando,
procuraré que mi esposa
sea tan dichosa, quanto
yo desgraciada la hice.
Isabél, hijos, hermano,
no dudeis de mis promesas,
mas si un genio mal domado

vuelve por desgracia un dia
nuevos disgustos á daros,
recordadme, amenazadme
con dexarme abandonado,
y mi corazon entónces
con tal memoria aterrado,
será fiel á sus ofertas.
Llegad todos á mis brazos,
pues quando os lloré perdidos,
supe el valor de estos lazos.